

Juan Antonio Lacomba, el académico y el amigo

En aquellos años de la segunda mitad de los años sesenta del pasado siglo en que Juan Antonio Lacomba, joven catedrático de instituto, aterrizaba por Málaga, había un cartel del que, sin duda se acordarán aquellos andaluces que por aquel entonces estábamos en las aulas universitarias, pues proliferaba en esos ambientes y adornaba muchas habitaciones de estudiantes.

Recuerdo que era un dibujo magnífico –o quizá una fotografía convertida en dibujo- en el que se veía en plano medio a un campesino, de cintura para arriba, con la camisa típica del campo andaluz de cuello redondo, desabrochada, el sombrero de paja propio de los jornaleros echado hacia atrás de la cabeza, despejando una frente surcada de arrugas, al igual que el rostro y el cuello que, al paso de los años, el inclemente sol de Andalucía había ido cincelandando en su piel. Era pues un hombre mayor, que con una mano añosa, se rascaba la frente en un gesto dubitativo. Al pie del dibujo un lema impactante -cuya autoría si no me equivoco era de José Aumente, aunque otros lo atribuyen a José Cazorla- traducía la profunda verdad que se adivinaba en su pensamiento al interrogarse así mismo. Decía el texto: *Si el andaluz rico piensa en Madrid, y el andaluz pobre en Barcelona, ¿quién piensa entonces en Andalucía?*

El drama de la emigración y la caciquil estructura social andaluza golpeaba las conciencias en esas dieciocho palabras, como un grito dolorido que surgía de las paredes en que colgaban los carteles.

Estoy seguro que Juan Antonio cuando se asentó en Málaga miró muchas veces ese cartel y se sintió interpelado por él hasta el punto de preguntarse sobre las causas del tal subdesarrollo y dedicar la mayor parte de su labor investigadora a la historia de Andalucía y del andalucismo. Al poco acabó convertido –como él se definía- en “un andaluz de Valencia o un andaluz vocacional”. Era un mediterráneo, en

cualquier caso, que contribuyó poderosamente a que los andaluces tomásemos conciencia de nuestro pasado reciente y, por ende, de nuestro futuro.

En su elección vital por Málaga, también debió contribuir el campo fértil y sin roturar para la investigación histórica que ofrecía la única ciudad europea con más de un cuarto millón de habitantes que carecía de universidad en aquel tiempo. Por entonces, era una ciudad de comerciantes. Tradicionalmente los vástagos más intelectualmente dotados de la burguesía malagueña emigraban para hacer carreras universitarias en Granada, Sevilla o Madrid, y ya no volvían. Los otros se quedaban al frente de los negocios locales. Era pues una descapitalización constante lo que sufría la ciudad, cuyo litoral provincial empezaba a ser descubierto por el turismo de masas.

Fue el momento en que se crea, no sin grandes resistencias foráneas, la Facultad de Ciencias Políticas Económicas y Comerciales de Málaga dependiente de la Universidad de Granada, que empezó su historia docente hace poco más de medio siglo. En ella se integró rápidamente el joven historiador Juan A. Lacomba.

Yo no sé si es casualidad histórica o consecuencia de los nuevos tiempos librecambistas que siempre favorecieron a Málaga. Pero la realidad es que coincidiendo con la llegada de Juan Antonio empezó a hacerse realidad en ella la frase de Keynes: “Nada más importante para un país que el desarrollo de una poderosa escuela de Economía”. Entiendo que –con las lógicas adaptaciones de ese pensamiento- la pujante vitalidad económica malagueña tiene algo que ver con ello.

Aunque miembro de la primera promoción de economistas de Málaga no tuve la fortuna de ser alumno de Juan Antonio Lacomba. Cuando se incorporó a la Facultad ya había yo cursado las “Historias de 1º y 2º”. Y tampoco pude disfrutar del -me consta- magnífico curso de

doctorado que Juan Antonio impartió en aquellos primeros años setenta. Vivía entonces en Madrid donde realicé mi doctorado.

También aquel anónimo jornalero del cartel me conmovió como a otros muchos jóvenes andaluces en aquellas postrimerías del franquismo. Y volví a mi tierra y a mi Facultad siete años después de haberme licenciado, a la primera oportunidad que se me presentó.

Corría el año 1977 y pronto entablé muy buena relación con Juan Antonio. Aunque nacido y criado en el barrio de la Malagueta, mis tres cuartas partes de sangre valenciana generaron en mí una corriente de simpatía hacia él, que estimo mutua, basada en ese paisanaje y en nuestra común filiación de maestros nacionales. Poco a poco el contacto personal fue derivando en afecto cuando me incorporé como directivo al Ateneo en aquellos años duros, en que los problemas financieros nos abrumaban. Allí estaba Juan Antonio.

No me perdía sus conferencias ni sus trabajos sobre la historia de Andalucía primero y sobre el andalucismo después que nos abrió tantas perspectivas sobre nosotros mismos...; desconocíamos tanto Quizá por el hecho de no haber nacido en esta tierra, pero de haberla “mamado” mucho más y mejor que quienes vinimos al mundo al sur de Despeñaperros, -suele ocurrir- supo interesarse primero, investigar y dar a conocer, después, nuestra contemporánea historia regional.

Mi memoria personal, ese archivo tantas veces recóndito e intransferible que los seres humanos llevamos incorporado como parte fundamental de nuestro existir, me conduce a su etapa al frente del Servicio de Publicaciones de la UMA, pues él fue quien me animó a publicar pequeños trabajos que precisaban un pequeño esfuerzo de culminación, y que siempre posponía por otras urgencias académicas.

En este aspecto, mi agradecimiento corre paralelo al recuerdo que se entremezcla con sus siempre acertados y generosos consejos, en mis

incursiones investigadoras en el campo de la historia –que siempre me interesó- tan ajeno a mi especialidad. Generosidad que sé tuvo con todos los que acudían a él.

Vienen a mi memoria las conversaciones que manteníamos sobre nuestros mutuos avatares en la carrera profesional. Y las tertulias del club DEMOS en las que su voz, que nunca perdió el acento levantino de origen ni su impostación profesoral, dejaba siempre constancia precisa y opinión atinada de los recientes hechos de nuestra cotidianeidad política que seguíamos apasionadamente.

El Académico

Pasaron los cursos académicos y próximo a cumplirse ocho años desde la creación de nuestra Academia Andaluza de Ciencia Regional, como parte del reconocimiento a la trayectoria académica de Juan Antonio Lacomba –ya glosada anteriormente por mis compañeros de mesa-, quienes la componemos creímos imprescindible honrar las figuras de relevantes andaluces en nuestra reciente historia con su nombramiento como Académicos de Honor, uno por provincia de Andalucía. Por eso, como reconocimiento colectivo, elevé la propuesta al pleno de la Academia Andaluza de Ciencia Regional para nombrarlo “Académico de Honor” por Málaga, que fue aprobada por unanimidad de todos los académicos el 23 de octubre de 2015. Y lo hice, porque al margen de mi afecto personal, cuando se nos planteó a quien podríamos nombrar, enseguida la figura del amigo prestigioso y andaluz egregio, fue la primera persona en quien pensé para acompañar, a nuestros primeros académicos de honor, don Manuel Clavero Arévalo, y don Joaquín Bosque Maurel, los únicos hasta entonces nombrados. Éste último también fallecido poco antes de su ingreso en la Academia.

Ciertamente el carácter “andaluz” de nuestra Academia tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Porque el necesario desplazamiento de los

académicos, desde o hacia las provincias hermanas para reunirnos, siempre es un factor de demora en los actos institucionales, lo que unido al proceso de asentamiento de nuestra joven Academia, en el que estamos inmersos, y a la necesidad de pautar las tomas de posesión, está suponiendo una cierta lentitud en el mismo.

Así pues, después de su nombramiento, ya a principios de 2016 nos reunimos con Juan Antonio en un agradable almuerzo, el Presidente de la Academia, José Vallés, Rafael Domínguez, Felipe Romera y yo, para “sellar” su ingreso en la Academia más los de Domínguez y Romera y tratar de la organización del Tercer Congreso Andaluz de Emprendimiento que se celebró en Málaga en la primavera de ese año. Juan Antonio nos pidió tiempo para preparar con tranquilidad su discurso. También le avanzamos –creo recordar- algunas ideas preliminares que teníamos acerca de la próxima celebración del Cuarto Congreso de Historia de Andalucía en gestación, que coordinaría en colaboración con nuestro compañero José Manuel Cuenca Toribio. La cosa se nos ha complicado con su ausencia pero, de todas formas, Juan Antonio comparecerá en el mismo porque muchas investigaciones que se presenten seguirán, sin duda, las sendas desbrozadas por él, cuando los caminos de nuestro pasado reciente se habían perdido en la desmemoria tenazmente cultivada por el franquismo.

Cualidades personales

Y no puedo terminar sin referirme a las cualidades personales en las que coincidimos quienes de diferentes formas estamos rememorando su vida y su obra.

Los escritos evocatorios de su figura y los recuerdos de los amigos apuntan una serie de características: Simpatía, bondad, bonhomía, expansividad. Sin embargo hay algo en lo que coincidimos ampliamente: su carácter entrañable; lo que, además de ser una opinión compartida, se

evidencia documentalmente. He mirado las dedicatorias de sus libros y basta para comprobarlo. Los dedica a su padre, a sus maestros de la Universidad de Valencia, y luego –varios de ellos- a Tere, su mujer, y/o a sus hijos. Son muestras de un hombre entrañablemente familiar.

Juan Antonio, era también un hombre “de buen yantar”, un hombre de convicciones y convincente. Cuando en nuestras periódicas tertulias del Club Demos, (cenáculo mensual de la actualidad política, económica y social), exponíamos nuestras opiniones sobre los temas que se planteaban, su vehemencia en la defensa de las suyas, siempre asentada en sus vastos conocimientos de nuestra historia contemporánea, era proverbial. Difícilmente se podía rebatirle. Hará un año por estas fechas que Juan Antonio me comentó que ya tenía pensadas las líneas maestras de su discurso de ingreso que iba a tener lugar por estas fechas de 2017, aunque no me quiso adelantar nada.

Era asimismo un hombre cabal y responsable en su dimensión profesional y en el amplio sentido de la palabra. Quedó plenamente de manifiesto en una entrevista que le hizo Alicia Almárcegui en 2013. Interesándose en por qué no creó una “escuela”, decía la entrevistadora: *Ha dicho antes que no ha podido crear/trabajar en un equipo de investigación siguiendo el mismo modelo que vio funcionar con brillantez en Francia ¿por qué?*

Y la respuesta de nuestro buen amigo Juan Antonio fue esclarecedora: *Tuve un pequeño equipo, he dirigido tesinas y algunas tesis. Pero nunca he tenido poder (académico, se entiende), ni dinero (para liderar grupo de investigación alguno suficiente y económicamente dotado), que me permitieran garantizar nada a nadie y, por tanto, no he querido atar a ningún investigador a que trabajase conmigo, sin poderle dar luego una salida profesional.*

Además de muestra de honradez hacia sí mismo, lo era aún más hacia los demás. Esa respuesta, en mi opinión, fue una elegante forma de expresar su decepción por la injusticia –es la palabra que pienso mejor define lo que sufrió Juan Antonio- de parte de quienes tenían el poder para haberle nombrado catedrático de universidad, atendiendo al mandato constitucional de facilitar el acceso *a la función pública de acuerdo con los principios de mérito y capacidad*. Indudablemente, quienes tenían la obligación de cumplirlo, en mi opinión y en la de muchos otros compañeros universitarios, hicieron una interpretación torticera del poder que la ley les otorgaba.

Sin embargo, sus sobrados méritos por su aportación a la historia andaluza y del andalucismo, le hicieron acreedor a la Medalla de Andalucía que se le concedió en 2006. Reconocimiento que fue la mejor prueba de cuanto he dicho, y le reconfortó de tantos sinsabores profesionales. Fue el suyo, un caso similar al de otro insigne historiador como D. Antonio Domínguez Ortiz que tampoco pudo acceder a la cátedra universitaria y también fue reconocido como Hijo Predilecto de Andalucía.

Y termino este breve, pero no por ello menos sentido, recuerdo personal de Juan Antonio mencionando algo que me une y compartí con él: el exhibir orgulloso la Insignia de Honor de nuestra Facultad de Económicas de Málaga que llevo colgada junto a la de Académico.

Al final, la tristeza por su pérdida abre paso al recuerdo agradecido y al buen sabor de boca que dejó entre sus alumnos y amigos, quienes nos consideramos privilegiados por haber convivido con él. Juan Antonio Lacomba fue un profesor e investigador prestigioso que contribuyó poderosamente a la formación integral de muchos economistas. La ciencia económica, que muchos pretenden circunscribir al manejo de herramientas muy sofisticadas, no se compone sólo de modelos y teorías

que prescindan del ser humano. Porque cuando se olvida el factor humano tan esencial en las relaciones con los demás, o se margina a la ética o la moral en los negocios como una antigualla, el resultado no puede ser otro que la aparición de desastres económicos como el que todavía no hemos superado.

En definitiva, entiendo que la historia económica forma parte esencial de la formación integral del economista y a ese empeño el académico Lacomba consagró lo mejor de sus capacidades y esfuerzos.

Juan Antonio, amigo, permanecerás en nuestro recuerdo y en el de los académicos y compañeros de facultad que nos sucedan.

He dicho.

Rafael Esteve Secall